



Nova Tellus

ISSN: 0185-3058

novatelu@servidor.unam.mx

Centro de Estudios Clásicos

México

MARTÍNEZ LACY, Ricardo
El miedo en las rebeliones serviles
Nova Tellus, vol. 23, núm. 1, junio, 2005, pp. 15-22
Centro de Estudios Clásicos
Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=59120874001>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

El miedo en las rebeliones serviles

Ricardo MARTÍNEZ LACY

RESUMEN: Una de las razones para el estallido de las dos guerras de esclavos de Sicilia, así como de la rebelión de Espartaco, fue precisamente la falta de miedo de los hombres libres y de los estados donde aquéllos vivían, de modo que, para derrotarlos, fue necesario que estas personas e instituciones asumieran el terror que merecían los esclavos insurrectos.

* * *

ABSTRACT: One of the causes for the outbreak of both slave wars in Sicily, as well as Spartacus' revolt, was precisely the lack of fear among the freemen and the states where the slaves lived and, in order to defeat them, it was necessary to acknowledge the terror that the insurgents deservedly inspired.

PALABRAS CLAVE: esclavo, italia, miedo, rebelión, sicilia.

RECEPCIÓN: 6 de enero de 2005.

ACEPTACIÓN: 26 de enero de 2005.

El miedo en las rebeliones serviles

Ricardo MARTÍNEZ LACY¹

Suele ser conveniente repetir hechos bien sabidos. Uno de ellos es que, aunque hubo otras rebeliones de esclavos, con mucho, las más importantes fueron las dos guerras serviles de Sicilia y el movimiento de Espartaco en Italia, al final de la década de los setenta antes de Cristo. Sólo se tomará en cuenta estas tres instancias en este escrito.

En consecuencia, trataré de revisar los casos de miedo mencionados en las obras de Diodoro, la *Guerra civil* de Apiano y la *Vida de Craso* de Plutarco, que son las fuentes principales de las rebeliones.² Mi exposición estará ordenada según el grado de temor.

En consecuencia, debo evocar primero la narración de Diodoro sobre Euno, un esclavo sirio de Apamea, a quien este historiador describe como “un mago y, de cierto modo, un hacedor de milagros” (ἄνθρωπος μάγος καὶ τερατουργοῦσθον τρόπον D.S: XXXIV/XXXV, 2, 5), que pronunciaba oráculos, tanto mediante la interpretación de sus sueños, como despierto.

¹ Versión española de una ponencia presentada en inglés en el XXIX Congreso del Grupo Internacional de Investigación sobre la Esclavitud en la Antigüedad, celebrado en Retimno, Grecia, en noviembre de 2004, y que es, además, una ampliación de lo escrito por mí en *Rebeliones populares en la Grecia helenística*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1995.

² Los pasajes relevantes son D.S. XXXIV/XXXV, 2; XXXVI, 2-11; App., B.C. I.116-20 y Plu., *Crass.* 8-11. El mejor estudio moderno es el de Keith R. Bradley, *Slavery and rebellion in the Roman world 149-70 B.C.*, Bloomington, Indiana University Press, 1989.

to. Un día, este profeta declaró que Astarté, la propia Diosa Siria, se le había aparecido y le dijo que llegaría a ser rey. Ante ello, su amo, un tal Antígenes, de la ciudad siciliana de Enna, empezó a presentar a este esclavo milagrero en sus banquetes. Ahí los invitados le hacían preguntas sobre su futuro reinado y sobre el trato que les iba a dar; algunos incluso le daban parte de su comida y le pedían que se acordara del favor (XXXIV/XXXV, 2, 5-9).

Como se dio el caso de que Euno se convirtió en el rey de los esclavos rebeldes, quienes a su vez se nombraron sirios, y de hecho recordó los favores y los pagó, es evidente que los invitados de Antígenes, los dueños de esclavos sicilianos en su conjunto e incluso el estado romano adolecían de falta de imaginación y previsión, pues, obviamente, no necesitaban creer en la aparición de una diosa a un esclavo para percibir la concentración sin precedentes de multitudes recién esclavizadas que compartían un origen, una cultura y un lenguaje griegos, y que, en Sicilia, eran los mismos que los de sus amos.³ Por lo tanto, el ambiente que prevalecía en los banquetes de Antígenes, era jocoso; el de Sicilia, sin preocupaciones y, en el resto del Imperio Romano, sin idea alguna del peligro. El miedo estaba ausente por completo.

Algo parecido ocurrió una cuarentena de años después, antes del estallido de la segunda rebelión de esclavos en Sicilia. Primero, el rey Nicomedes II de Bitinia, cuando Roma le pidió tropas auxiliares, respondió con exageración que todos los jóvenes de su reino habían sido raptados por publicanos romanos y vendidos como esclavos dentro del imperio. El senado ordenó entonces que todos los súbditos de aliados que habían sido ilegalmente esclavizados recobraran su libertad. En consecuencia, el pretor romano de Sicilia liberó a ocho-

³ Me ocupo de este asunto en "La trata de esclavos y las rebeliones serviles", *Jornadas Filológicas 2001. Memoria*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2003, pp. 45-53.

cientos de ellos, lo cual tuvo dos efectos contradictorios, pues, por una parte, inspiró la esperanza entre los esclavos de toda la isla de que ellos también obtendrían su libertad y, por la otra, produjo la furia y la alarma entre sus amos, quienes presionaron al pretor Licinio Nerva para que no efectuara sus planes de manumisión. Como resultado de estas presiones, el funcionario desistió de los procedimientos de liberación, y los esclavos que estaban entonces en Siracusa para tramitar su libertad se refugiaron en el santuario de los Palicos, dioses aborígenes que se encargaban de asegurar que las promesas hechas y rotas por Nerva se cumplieran.⁴ Ellos empezaron a hablar de rebelarse y, como dice Diodoro “desde entonces, en muchos lugares, la audacia de los esclavos se hizo evidente” (XXXVI, 3, 4). Parece, sin embargo, que esta actitud abierta no inspiró el temor suficiente, porque, primero, treinta esclavos mataron a sus amos, indujeron a cientos más a la rebelión y tomaron una fortaleza, pero a pesar de que Nerva los asedió y recurrió a la traición para derrotarlos, omitió reprimir otro estallido de ochenta esclavos, alegando que ya había dispersado a sus hombres, así que se desató la segunda rebelión. Da la impresión de que, una vez más, los amos y Roma despreciaron a los esclavos insurrectos en lugar de temerlos, como debían haberlo hecho.

Por última vez, no hubo miedo cuando Espartaco se escapó de la escuela gladiatoria donde se entrenaba, en Capua, junto con setetenta de sus compañeros, y se refugió en el Vesubio, como lo muestra el hecho de que los romanos enviaron solamente a dos magistrados menores en su contra y ni siquiera los dos juntos, sino uno después del otro, y, como dice Apiano:

⁴ Sobre el aspecto religioso de las rebeliones, véase mi comunicación “Las jerarquías religiosas y el control social en las rebeliones serviles”, en Liborio Hernández y Manuel Alvar (eds.), *Actas del XXVII Congreso GIREA-ARYS IX. Historia antigua. Jerarquías religiosas y control social en el mundo antiguo* (Valladolid, 7, 8 y 9 de noviembre de 2002), Valladolid, Universidad, 2004, pp. 403-406.

no dirigían un ejército regular, sino de hombres que escogieron de prisa y al azar (pues los romanos consideraban que esta acción no era guerra, sino algo parecido a una redada o un combate en contra de bandidos) ... (B.C., I, 116).

Como en los dos casos previos, lo que prevaleció fue el desprecio, no el miedo, pero esto cambió siempre.

Es bien sabido que la primera guerra de Sicilia se inició cuando unos esclavos preguntaron a Euno si les convendría matar a sus amos particularmente crueles y rebelarse, y él les contestó que los dioses los favorecían, así que, juntos, agruparon a cuatrocientos esclavos y tomaron ni más ni menos que la ciudad de Enna. Después de ser proclamado rey Antíoco, el dirigente de esclavos hizo armar a seis mil hombres en tres días y, cuando su contingente alcanzó los diez mil, se atrevió a enfrentarse a generales romanos. De hecho, al confrontarse con el pretor Lucio Hipseo, los rebeldes eran veinte mil.

En consecuencia, sólo un cónsul, Publio Rupilio, fue capaz de derrotar a los esclavos en rebelión, tomando primero Tauromenio a traición, después de un largo y, para los rebeldes, penoso sitio, luego, capturando Enna de la misma manera y, finalmente, haciendo prisionero al rey esclavo. Después de todos estos esfuerzos, Rupilio todavía tuvo que combatir a rebeldes que se habían vuelto guerrilleros y bandidos.

Es necesario concluir que, a pesar de su condición servil, Antíoco y sus sirios demostraron que podían pelear como ejércitos libres, dignos de ser temidos.

Se puede contemplar un proceso similar, aunque más pronunciado y súbito, en la Segunda Guerra Servil. Ya se ha dicho que Nerva se negó a combatir contra una banda de ochenta esclavos. Una semana después, su número se había elevado a ochocientos, por lo que fueron atacados por seiscientos romanos que, como era de esperarse, no pudieron derrotarlos. Entonces, el espíritu de rebelión cundió por toda Sicilia y, pocos días más tarde, los rebeldes eran seis mil. En

poco tiempo se organizaron, y su contingente alcanzó más de dos mil jinetes y más de veinte mil infantes. Al ser tantos, atacaron Morgantina, pero el pretor frustró su intento de tomarla, aunque, como pudieron recuperar su campamento de las manos del enemigo, conservaron su moral y su prestigio y su número se dobló (XXXVI, 4). En vista del desastre para los romanos, el senado nombró pretor a Lucio Licinio Lúculo, quien tenía a su disposición un ejército de catorce mil romanos e italianos, ochocientos bitinios, tésalos y acarnanes, seiscientos lucanios y otros seiscientos.⁵ Ellos se confrontaron con más de cuarenta mil rebeldes en la batalla abierta que se dio cerca de Escirtea. Ésta fue una batalla difícil para ambos ejércitos, pero al final los romanos prevalecieron (XXXVI, 8, 1-4). Aun así, el pretor no pudo tomar la capital de los rebeldes, Triocala, a la que sitió y sólo al cabo de dos años, un cónsul, Gayo Aquilio, derrotó a los esclavos, cuyo número se había reducido a diez mil, por medios que las fuentes no registran.⁶ En todo caso, se afirma que el cónsul tuvo que negociar la rendición de los últimos mil rebeldes. Esto, aunado a los cuatro años que duró la guerra, es prueba suficiente de que también estos rebeldes podían inspirar temor (XXXVI, 7-11).

La rebelión de Espartaco, aunque más corta, fue similar a las otras en cuanto que en un primer momento los rebeldes se agruparon y luego amenazaron con tomar ciudades. Se dice incluso que estos llegaron a planear marchar sobre Roma pero, en cualquier caso, recorrieron el oriente de Italia, primero desde el sur hasta los Alpes y luego de regreso. Entonces tomaron Thurium. Una vez más, la primera reacción de los romanos fue tratar de reprimir la rebelión con medios insuficientes, y fue sólo cuando apreciaron en su cabalidad la di-

⁵ La presencia de auxiliares bitinios no deja de ser una ironía.

⁶ Recuérdese que lo que se conserva de Diodoro sobre estas rebeliones son el resumen de Focio y extractos mandados sacar por Constantino VII Porfirogénito.

mensión, la fuerza y, de hecho, lo terrible de la rebelión, y cuando reunieron ejércitos consulares, en este caso, primero bajo Craso y luego bajo Pompeyo, que estuvieron en posibilidad de obtener la victoria.

Según Apiano, el ejército de Espartaco llegó a contar con setenta mil efectivos, un número que nunca se registró en Sicilia, y luego ascendieron a ciento veinte mil infantes, mientras que no hay una cifra precisa de jinetes (B. C., I, 117). En contraste con las guerras sicilianas, hubo muchas batallas campales, pero dos de ellas sobresalen por su importancia. En la primera, el dirigente esclavo Crixo fue derrotado y muerto, y la otra, se dio en el Piceno, y Apiano mismo dice que fue grande.

En cuanto al miedo, el mismo historiador afirma (B. C., I, 118), que apabulló tanto a los políticos romanos al comenzar el tercer año de la guerra que, cuando era necesario escoger a un nuevo pretor, Licinio Craso fue el único que presentó su candidatura. Él derrotó a Espartaco en dos batallas y así se probó una vez más que los esclavos rebeldes eran tan dignos de ser temidos como cualquier otro enemigo, pues el pretor necesitó ocho legiones para derrotarlos, dos más que las que César movilizó para iniciar la conquista de las Galias.

No dejo de darme cuenta de que he estado repitiendo cuentos moralistas, pero creo que tienen un patrón que suena a verdad.